

La necesidad de la figura del psicopedagogo en los procesos de muerte y duelo infantil y juvenil

Autores: Anabel Ramos Pla, Dr. Moisés Selfa Sastre y Dr. Ramon Camats i Guàrdia.

Resumen. La necesidad de una didáctica del duelo en la escuela es más que necesaria puesto que la pérdida de un ser querido es una realidad que requiere una orientación y acompañamiento que, en la actualidad, no se contempla como un aprendizaje en el currículum escolar de Educación Infantil, Primaria y Secundaria. En este artículo proponemos algunas de las actuaciones que debe llevar a cabo un psicopedagogo ante procesos de muerte que afectan a los escolares. Si bien es cierto que la muerte es un tabú del siglo XXI, como educadores es nuestro deber romper todo aquel esquema que aleje al alumno de la realidad. En definitiva, se pretende vincular el currículum escolar con la cotidianidad, con la finalidad de que los escolares puedan aplicar las enseñanzas adquiridas en su vida diaria. De esta manera, se formaría a los alumnos no solo como sujetos de aprendizaje, sino como personas capaces de afrontar realidades vitales diversas.

Palabras clave: muerte, innovación educativa, resiliencia, pedagogía de la muerte, acompañamiento empático.

Abstract. The need for an educational of death at school is more than necessary as the loss of a loved one is a reality that requires guidance and support which, at present, is not seen as an apprenticeship in the school curriculum from Kindergarten, Primary School and High School. In this paper we propose some of the actions that should conduct an educational psychologist to death processes that affect the school. While it is true that death is a taboo of the century, as educators should anyone break away to the student scheme of reality. In short, it aims to link the school curriculum with daily life, in order that the school can apply the lessons learned in their daily lives. In this way, students would be formed not only as learners, but as people capable of facing different life realities.

In short, it aims to link the school curriculum with daily life in order that learners can be formed not only as learners, but as people able to cope with various life situations.

Key-words: death, educational innovation, resilience, pedagogy of death, empathic accompaniment.

1. Un tabú clave del siglo XXI: la muerte

A lo largo de los últimos años, una multitud de adelantos tecnológicos han contribuido a que la edad de la población haya aumentado mucho respecto anteriores décadas, si bien se han ido perdiendo algunos valores comunitarios y espirituales. En este sentido el hombre contemporáneo entiende que lo importante se encuentra estrechamente vinculado con la vida. Esquerda y Agustí (2010) añaden que vivimos en la sociedad del culto al cuerpo, la inmediatez y la tecnología omnipotente. Todo ello ha generado una falsa creencia de control que deja de ser real cuando nos damos cuenta que la muerte no es controlable y tampoco evitable. La muerte supone sufrimiento y, por lo tanto, nos provoca una emoción que no deseamos. Morir se vuelve entonces en algo terrorífico porque es la pérdida de todo y nos remite a nuestra debilidad. Por este motivo evitamos hablar de ella, eludiéndola de la vida cotidiana y convirtiéndola en un tabú. Este hecho, según las autoras antes citadas, no favorece la elaboración del concepto de muerte.

En definitiva, podemos decir que en nuestra sociedad de consumo y desarrollo, existen dos gradas posiciones (o discursos) sobre la muerte desde el punto de vista de su conocimiento (Herrán y Cortina, 2006):

- Una, mayoritaria, de rechazo, segregadora o de refugio en la superficialidad.
- La otra, más culta, de interés integrador y educativo.

La prevalencia en nuestra sociedad del tabú de la muerte provoca que muchas veces no se sepa cómo actuar en los centros educativos. El fallecimiento de un alumno de la escuela o del instituto, de un profesor, del familiar de un alumno, etc., puede evocar muchas dudas que los profesionales de la educación deben resolver: la comunicación del fallecimiento del ser querido y cómo hacerlo; actividades para el acompañamiento empático; intervención de otros profesionales especialistas en el duelo, como por ejemplo, los psicopedagogos, etc. En este sentido, el centro educativo debe posicionarse sobre si actuar (o no) en las situaciones de muerte y duelo y de qué forma se puede llevar a cabo.

2. Maneras para comunicar la muerte de un ser querido

En principio, la noticia de la muerte de un ser querido la tendría que dar una persona emocionalmente próxima al niño o adolescente (Poch y Herrero, 2003), de forma que el entorno que rodee tal momento crítico sea lo más seguro posible. Aun así, esto no

es siempre posible, dado que ante la muerte de una pareja o de un hijo, por ejemplo, el padre o la madre superviviente tienen que añadir a su sufrimiento la responsabilidad de tener en cuenta al otro hijo. Solo cuando sucedan hechos así, en los que los adultos no son capaces de transmitir la noticia al niño o adolescente, tiene que entrar en acción un profesional: el tutor o el psicopedagogo.

Koen (1996) afirma que hay que comunicar la muerte con mucho de afecto y dulzura, empleando palabras sencillas y sinceras. En este sentido, ofrece una serie de consejos que tendremos que tener en cuenta a la hora de orientar a los docentes, familias y niños:

- No tener miedo de emplear “muerto” o “ha muerto”.
- Una idea falsa que como orientadores tenemos que desmitificar es creer que los niños más pequeños son demasiado pequeños para comprender. Tal y como lo hacen los adultos, pero dependiendo de su personalidad, experiencias previas y estadio evolutivo, lloran la muerte de una persona o animal querido por ellos, sienten la pérdida y experimentan otras emociones intensas.
- Entre los más pequeños, utilizar elementos intensificadores como “el padre ha estado muy, muy, muy, muy enfermo y ha muerto” es lo más adecuado. Emplear múltiples “muy” implica que la mayoría de los humanos y animales disfrutamos de una larga vida y llegamos a la vejez. Este último hecho no siempre es cierto. Asimismo, es un elemento tranquilizador para los niños.
- Explicar con pocas palabras cómo ha muerto.
- Evitar eufemismos como “pérdida”, “se lo han llevado”, “ha desaparecido”, “se ha quedado dormido/da” o “ha marchado de viaje” porque alimentan el miedo de los niños a ser abandonados y a quedarse dormidos, además de crear ansiedad y confusión.
- Evidentemente, si el enfermo es el niño o el joven, lo tenemos que hacer participar en el nivel que él pueda comprender lo más pronto posible la situación vital que lo rodea, porque de hecho él ya lo sabe desde el inicio (Fernández, 2013).

Durante todo el proceso será importante la coordinación entre el tutor y el psicopedagogo. De esta forma, la elaboración del duelo se podrá iniciar lo más óptimamente posible. Consideramos necesario que el psicopedagogo acompañe

durante todo el proceso de duelo al tutor y al alumno para poder ofrecer apoyo y estrategias en todo momento.

3. Demos paso a las nuevas generaciones: participación de los niños y adolescentes en el proceso de muerte y duelo de un ser querido.

La decisión que los niños asistan o no al tanatorio, al funeral y al entierro, es de sus padres. Cuando menos, y como guía general, Koen (1996) y Díaz (2004) alegan que se los debería dejar ir a partir de los 6 años, si así lo desean. El motivo es muy claro: el hecho de participar en los ritos funerarios posibilita un inicio de duelo positivo, ya que permite la aceptación de la realidad de la pérdida. Haría falta prepararlos con anterioridad sobre en qué consiste cada uno de los acontecimientos relacionados con los rituales mortuorios y contestar a todas sus preguntas. De este modo, entienden que pertenecen a un grupo donde reciben consuelo y seguridad. A la vez, si ellos no quieren asistir, no se los tiene que obligar. Por el contrario, los niños que experimentan el entierro de un ser querido sin recibir ningún tipo de explicación pueden desarrollar el miedo a ser enterrados vivos. En la etapa de la adolescencia, sí que es más positivo que puedan asistir a estos rituales y, a su vez, invitarlos a los planes y a las decisiones que se lleven a cabo.

Hará falta, no obstante, que como psicopedagogos maticemos algunos aspectos: orientaremos los niños y adolescentes sobre aquello que se encontrarán, compartiremos nuestras creencias y aceptaremos que su respuesta no sea como la de los adultos. Intentaremos que participen de la despedida informándolos, en el caso que no asistan al funeral.

Después del funeral, empieza una nueva etapa con el regreso a casa y a la rutina. Al principio, costará que los niños y jóvenes se ubiquen. Sin embargo, hay que volver a la rutina lo antes posible porque hará sentir seguro el niño/a y lo ayudará a normalizar su vida (Fernández, 2013).

3.1. El acompañamiento empático durante el duelo

Al morir una persona querida, todos los implicados con él tienen que soportar la pesada carga de la tristeza (Koen, 1996). La capacidad de llevar esta carga, de ir la disminuyendo despacio, hasta conseguir desprendernos de ella, es la esencia de un duelo sano y normal. Para los niños y jóvenes, la pérdida de un ser querido es la carga más pesada de todas.

Para el duelo no hay un tiempo establecido. Cada persona es única y realiza su propio proceso. Díaz (2004) nos dice que hay muchas diferencias individuales y depende también de otros factores, como la experiencia previa de la persona y sus recursos, las características de la muerte, las pautas culturales, entre otros factores. Partiendo de las ideas de Fernández (2013), existen una serie de momentos o fases en el duelo. En general, hay una primera fase de impacto o negación; una segunda donde dominan las emociones de rabia, ansiedad, ira y deseo que vuelva la persona o animal querido; y un sentimiento de pena final. En un tercer momento aparece la aceptación de la realidad y la reorganización.

Bolwlby (1986) nos introduce una idea clave para asegurar un buen proceso de duelo: poder ser acompañado en todo momento por alguien cercano que comprenda y ayude a poner palabras al brutal dolor que acompaña la pérdida del ser querido. Herrán y Cortina (2008) abogan que acompañar al otro desde la perspectiva empática equivale a dejarse llevar, sin pensarlo demasiado, automáticamente, de tal manera que el proceso se coloque en función de la persona y de sus necesidades, según la circunstancia y lo que el momento nos indica, según la situación, incluso según nuestra personalidad. Turner (1998) sostiene que, habitualmente, no podemos poner remedio a la pérdida, pero sí ayudar a que el joven exprese la agitación interna que está experimentando. Así podemos ayudarlo a encontrar respuestas a algunas preguntas, a clarificar malentendidos y a calmar muchos miedos irracionales que pueda tener. Si compartimos nuestros miedos y preocupaciones, estas disminuyen. Una de las partes en las cuales Turner (1998) hace especial énfasis es en la de hacer tomar conciencia al niño o al joven que nunca una muerte sucede por culpa suya. Es importante que retire esa idea de la mente del sujeto.

4. Didáctica y Pedagogía de la muerte: algunas orientaciones de tipo práctico.

La inclusión de la muerte en la educación a través de diferentes experiencias aisladas de innovación docente aparece en el Estado español a partir de la década de los noventa del siglo XX. Aun así, justo es decir que hace poco más de 10 años, el trabajo de un reducido grupo de autores ha situado a España como uno de los escasos países en los que el desarrollo de la pedagogía de la muerte ha sido intenso, coherente y demandado (Rodríguez, Herrán y Cortina, 2012). Asimismo, a pesar de que los sistemas educativos han ampliado la concepción de la educación, lo han hecho superficialmente, no en su profundidad.

Hay que apostar por una transformación hacia una madurez curricular y de formación del profesorado y de los psicopedagogos que hoy no atesoran estos profesionales. En este sentido, varios autores ya han desarrollado una línea de investigación extensa sobre este ámbito (Herrán, 2000; Poch y Herrero, 2003; Herrán y Cortina, 2006), los cuales aportan varias líneas metodológicas y recursos como los siguientes: cine-vídeo foro, literatura infantil y juvenil, música, humor, diálogo sobre la duda, juegos de rol, pequeñas investigaciones, proyectos didácticos, entrevistas con expertos, talleres, aprendizaje-servicio, etc.

Además, otro método muy importante para expresar las emociones y sentimientos que provocan la muerte y el duelo en los dicentes es el dibujo. El hecho de dibujar proporciona a los niños y niñas, adolescentes, e incluso adultos, un medio para que sus sentimientos fluyan en el papel. El arte los ayuda a superar su dolor. Además, en el supuesto de que, por varios motivos, el niño no se haya podido despedir de su ser querido, lo podemos acompañar en esta despedida mediante otras formas como puede ser el dibujo, la carta, mensajes, entre otros recursos de despedida (Fernández (2013). Sin duda, una forma de trabajar y mitigar los miedos en los niños es el dibujo (equivalente a una buena conversación entre adultos), dado que este hace de organizador mental y permite contextualizar y concretar algo que se tiene dentro de la cabeza con una imaginación desbordante.

Herrán y Cortina (2006) contemplan la posible introducción de actividades didácticas como talleres de olores, pócimas y colores, donde plantas y flores muertas se transforman en esencias y perfumes, propuestas plásticas como murales en los cuales se plasme con pintura la interdependencia de la vida y la muerte o maquetas en las que se elaboren construcciones funerarias como menhires, talayotes o simas. En esta línea, Díaz (2004) nos proporciona algunas actividades para mitigar el sentimiento de rabia que pueden sentir los niños en el momento de la muerte de alguien cercano a ellos. Algunas de las actividades recomendadas son aquellos tipos de juego que comporten ensuciarse (pintar con los dedos, manipular barro, etc.), juegos de educación física para descargar energía (practicar deportes, saltar, lanzar pelotas a canasta, etc.), hacer cosquillas, tareas que comporten recortar, pinchar o golpear (perforar dibujos, recortar papeles, utilizar sierras y martillos infantiles, etc.), derribar figuras de plastilina creadas previamente (es necesario que el objeto esté totalmente construido, sino no será terapéutico) o juegos que sean competitivos entre el niño y el adulto o entre equipos.

Conclusiones

Algunos pedagogos y filósofos de la educación afirman que hemos hecho, y hacemos, *pedagogía de la infinitud*. No integramos en nuestras vidas el fracaso, el sufrimiento ni la muerte en nuestros proyectos educativos, asesoramientos y orientaciones. Hay que apostar por la educación para la vida-muerte, para que así, algún día no muy lejano, pueda dejar de ser materia vetada o utopía, y no tan solo objeto de innovación educativa. De esta forma, la Educación para la Muerte dejará de ser un reto pedagógico emergente y desaparecerá ese agujero vital y curricular en los principales sistemas educativos occidentales.

A pesar de lo dicho en las líneas anteriores, consideramos que los sistemas educativos han ampliado la concepción de la educación en las últimas décadas. Aun así, lo han hecho en su superficie, no en profundidad. Un dato importante es la poca existencia de material sobre la muerte y el duelo en relación a la docencia, la psicopedagogía y a sus profesionales.

Como adultos y psicopedagogos, tenemos muy pocos recursos metodológicos para abordar en el aula el tema de la muerte. Este hecho se puede contrastar con la gran cantidad y calidad de materiales que abordan cualquier otra materia educativa. Por otro lado, estamos convencidos que el auténtico psicopedagogo es aquel que intenta serlo en cualquier situación, por dura y real que sea.

Por último, queremos decir que no es fácil realizar el acompañamiento educativo, dado que se requiere una formación que incluya la transformación interior y la mejora personal. Por este motivo, es necesario que los diferentes profesionales implicados en el proceso educativo realicen una sólida formación sobre la muerte para adquirir conciencia y estrategias metodológicas. En este artículo, proponemos algunas de estas estrategias que, sin duda, pueden ayudar a desarrollar una pedagogía de la muerte funcional y válida para los tiempos actuales en los que vive el ser humano.

Referencias bibliográficas

- Díaz, I. (2004). *I ara, on és? Com ajudar els nens i els adolescents a entendre la mort*. Barcelona: Oxigen Viena
- Esquerda, M. i Agustí, A. M. (2010). *El nen i la mort. Acompanyar els infants i adolescents en la pèrdua d'una persona estimada*. Lleida: Pagès Editors
- Fernández, I. (2013). *El Joan ha mort. Conte i guía per acompanyar els nens i els adolescents en el dol la comprensió de la mort*.Lleida: Pagès Editors

- Herrán, A. i Cortina, M. (2006). *La muerte y su didáctica. Manual Para Educación Infantil*. Madrid: Universitas S.A
- Herrán, A. i Cortina, M. (2008). La educación para la muerte como ámbito formativo: más allá del duelo. *Psicooncología: Investigación Y Clínica Biopsicosocial En Oncología*, 5 (2-3), 409-424
- Koen, W. (1996). *Cómo ayudar a los niños a afrontar la pérdida de un ser querido*. Barcelona: Paidós
- Turner, M. (2004). *Cómo hablar con niños y jóvenes sobre la muerte y el duelo*. Barcelona: Paidós
- Poch, C. i Herrero, O. (2003). *La muerte y el duelo en el contexto educativo. Reflexiones, testimonios y actividades*. Barcelona: Paidós